

Novela
Corta

RECUÉRDAME, AHORA Y SIEMPRE

REMEMBER

Wolf

KELLY DREAMS

se

Lectulandia

Un inesperado accidente le costó a Daniel algo más que una percedera cojera, le robó cinco años de su vida y lo despojó de un pasado que no puede recordar. Su mente es como una pizarra en blanco, una profunda laguna de la que sobresalen esporádicas emociones que no comprende.

Ahora, la vida ha decidido darle un nuevo golpe y robarle lo único que le ha importado realmente en los últimos tiempos. Sumido en una nueva vorágine de sucesos, Dan deberá enfrentarse con las sombras de su pasado, las cuales toman la forma de una adorable y cálida desconocida que amenaza con descorrer el velo sobre sus olvidados recuerdos.

Lectulandia

Kelly Dreams

Remember Wolf

Recuérdame ahora y siempre

American Wolf - 2.5

ePub r1.0

Titivillus 02-11-2017

Título original: *Remember Wolf*
Kelly Dreams, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis lectoras del otro lado del charco:
Beatrice Pinto, Mónica Flores, Pamela Hernandez, Zuly Ricco, María Ivette Flores Ramos, Mirta Sherryl Pitre Comas, Melinka Ramos, Heydee Cabarcas, Estela Sigala, Ari Torres, Lili López, Luz Grisel Muñoz, Diana Sánchez, Heyleen Cabarcas, entre muchas otras.
Miles de gracias por estar siempre ahí, por disfrutar con mis novelas y brindarme esa amistad que no entiende de distancias.

PRÓLOGO

«Te estaré esperando».

Esas palabras seguían atormentándole incluso todos esos años después. Podía repetir la suave y cálida voz en su mente una y otra vez sin ser capaz de relacionarla con un rostro, recordar un aroma sin saber de dónde procedía y eso lo frustraba por completo.

Dan abrió los ojos y contempló su reflejo a través del cristal del ventanal. El sol se ponía ya sobre la ciudad, el naranja y el rosa del atardecer coloreaba el paisaje pintando los edificios dotándolos de un aspecto místico, casi mágico. Sin duda aquella era una atalaya perfecta, una vista privilegiada y a la que hacía muy poco caso.

La jornada laboral había terminado hacía horas, la última reunión había sido todo un éxito, se había impuesto sobre sus oponentes, superando sus argumentos y aplastándolos hasta convertirlos en cenizas.

Daniel Ward, el tiburón de las finanzas.

Así era como lo llamaban en el mundo empresarial, en ese difícil y fiero mundo en el que o eras el cazador o te convertías en presa. Si echaba la mirada atrás no encontraba otra cosa pero tampoco le importaba, gracias a esto había podido salir adelante y defender lo que más le importaba hoy por hoy.

«Nadie tocará lo que tanto esfuerzo te llevó levantar, Catherine».

Se llevó la mano a la frente, le dio la espalda a los amplios ventanales y volvió a dejarse caer en la silla de cuero marrón que presidía su escritorio. Paredes blancas, muebles de madera lacada, alfombras y moqueta gris, incluso el arbolito artificial que Cathy se había empeñado en poner en la maldita esquina parecía burlarse de él. Su oficina en la Millennium Tower parecía sacada de una revista de decoración. Echó la cabeza atrás y sintió el impulso de aullar, podía recordar una voz pronunciando esa maldita frase, pero era incapaz de extraer nada más de un pasado que permanecía dormido, olvidado por completo a raíz del accidente que había sufrido cuatro años atrás y que casi le cuesta la vida, además de su memoria.

—¿Quién demonios eres? —resopló apretándose el puente de la nariz con los dedos—. ¿Quién?

Todo lo que le quedaba de ese día era el recuerdo de su voz, esa única frase y una sensación de anhelo que hacía que su lobo viviese un perpetuo luto.

«Un día recuperarás tus recuerdos y la encontrarás, Dan. No te preocupes por el pasado y vive el presente».

El optimismo de Cathy y su bondad lo habían sacado en más de una ocasión de la

frustración que suponía el no recordar quién era. Retazos, momentos difuminados, lejanos ecos que reverberaban en su mente sin orden ni concierto intentaban encontrar lugar para las piezas de un puzle que se había resquebrajado.

El dantesco accidente acontecido en la estación Emet le había arrebatado algo más que la audición del oído izquierdo, le había obsequiado con una conmoción cerebral, una perenne cojera y la ausencia de los cuatro años anteriores a la catástrofe.

Abrió los ojos y deslizó la mirada sobre la mesa para encontrarse con la imagen de la mujer a la que recordaba, la que le sonreía desde detrás del cristal. Se estiró y cogió el marco como si de aquella manera pudiese tenerla más cerca ahora que se había ido.

A ella también la había perdido. La única que lo había salvado, que le ayudó a rehacer su vida a pesar de carecer de pasado, que le dio todo lo que era, todo lo que tenía y lo ayudó a levantarse de las cenizas de una vida truncada y resurgir como el lobo que era hoy en día.

Dos mujeres. Dos almas que lo habían acompañado de distintas maneras a lo largo de los últimos cuatro años. Una parecía residir en su pasado, en el eco de la mente del lobo, en una conexión truncada que su parte humana no recordaba, mientras que la otra había sido su presente, su pilar más fuerte y su compañera hasta hacía poco más de un año.

«Estarás bien, Dan. Eres un hombre fuerte, inteligente y dueño de tu propia vida. Sobrevivirás, incluso después de que me haya ido, tú continuarás con nuestro legado».

Ella se había encargado de cultivar esa necesidad que ya vivía en su interior, de alimentarla y encauzarla hacia algo bueno, algo provechoso. Lo había arrancado del dolor, la desesperación y la autodestrucción en la que su lobo lo sumió tras el accidente, le ayudó a reencontrarse consigo mismo, con el hombre que había sido a pesar de esa laguna de cuatro años devolviéndole a la vida.

«¿Cómo sabes que no soy un peligro para ti? ¿Cómo puedes confiar en alguien a quien realmente no conoces? Podría ser un asesino y ninguno de los dos lo sabe».

Cathy le había sonreído, ese pequeño lunar se había elevado en su mejilla como siempre, se acarició los labios con la lengua y le guiñó el ojo.

«Simplemente lo sé. Hay algo en ti que emana fuerza, algo oculto en lo más profundo de tu alma que alimenta la determinación de tu lobo y te mantiene en pie. Puede que no recuerdes lo que es, pero la bestia sabe que está ahí y es lo que se encarga de alimentar tu espíritu. Puede que seas un lobo solitario, pero también eres un buen hombre y te lo demostraré».

Y lo hizo. Se encargó de demostrárselo a cada paso del camino, con cada nuevo acto que realizaba por y para ella, con cada palabra, con cada gesto. Cathy estuvo a su lado cuando salió del coma, cuando su lobo se replegó poco a poco y empezó a recuperar su propia identidad. Sus apagados recuerdos empezaron a cobrar vida hasta estancarse en un veintiséis de septiembre de hacía cuatro años; el día en que había

enterrado a sus padres para luego recoger sus cosas y abandonar la manada, tal y como tenía pensado.

El problema es que al parecer jamás se mudó y su permiso de conducir indicaba que había estado viviendo los últimos cuatro años en un rancho de Nevada.

CAPÍTULO 1

—Llegas tarde, Dan.

No había hecho más que atravesar la puerta de su casa y dejar las llaves en el cuenco de porcelana sobre el mueble cuando la vio en medio del recibidor vestida con... bueno, no estaba seguro de si un delantal podía considerarse vestimenta.

Su lobo gruñó ante su presencia, le gustaba tan poco esa mujer como a él mismo. Compuso una mueca mentalmente y resopló ante su propia estupidez, ¿por qué no le había dicho a Noah que le impidiese la entrada?

—¿Qué haces aquí, Nina? Creí haberte dicho que...

Con un pequeño mohín su indeseada invitada empezó a contonearse en su dirección. Sus pechos se alzaban erguidos bajo la breve cobertura en una muda invitación, el largo y ondulado pelo rubio le caía en cascada por la espalda llegando casi a rozar la estrecha cintura, pero eran sus lupinos ojos verdes los que se posaron sobre él con esa conocida mirada que esperaba ganarle el indulto.

Lobas, pensó con irritación.

De entre todas las mujeres existentes, tenía que haberse liado con una de su propia especie.

—Ambos sabemos que no lo decías en serio.

Enarcó una ceja ante tamaña estupidez.

—Yo nunca digo las cosas por decir, nena —respondió con palpable ironía—, y cuando dije que movieses tu peludo culo fuera de mi casa, eso era exactamente lo que quería decir.

Las cuidadas y pintadas uñas se posaron sobre la solapa de su traje al tiempo que la seguían el resto de su voluptuoso cuerpo. El gruñido empezó a emerger de su propia garganta y tuvo que obligarse a tragarlo. Al lobo no le gustaba esa hembra, incluso cuando se había acercado a ella por pura necesidad, su bestia le había dado la espalda encontrándola indigna de sus atenciones.

—¿Por qué habrías de querer perderte la diversión?

Bufó en voz alta y dio un paso atrás.

—Ya no me resultas divertida, loba —aseguró con frialdad—, por el contrario, eres absolutamente tediosa.

El aguijonazo de la palma estrellándose contra su mejilla fue suficiente para dar por zanjada su presencia.

—¡Cabrón!

Se mantuvo estoico y la miró de reojo.

—Procura no dejarte nada cuando salgas —le indicó, pasó por su lado y entró en su hogar.

—¡Eres un cabrón hijo de puta, Daniel Ward!

Una frase que ya había oído en demasiadas ocasiones y que le importa una mierda.

—No me dices nada que no sepa ya —le soltó sin mirar atrás—, te ruego no te demores en abandonar mi propiedad.

Y, a juzgar por el portazo que dio unos minutos después, la hembra había decidido tomar sus palabras al pie de la letra. Satisfecho dejó atrás la entrada y se adentró en sus dominios para ir directamente a la cocina, dónde encontró a Noah moviéndose entre fogones.

—¿Has echado ya a la *putilobi*?

Puso los ojos en blanco y entró en el territorio de su amigo y mayordomo, un hombre que había estado al lado de Cathy durante muchísimo tiempo y que lo había adoptado también a él cuando entró en su vida. Al contrario que su difunta esposa, su viejo amigo también era un lobo.

—¿Para qué la dejaste entrar?

Se detuvo a probar la salsa que estaba haciendo e hizo una mueca.

—No lo hice, la putilla tenía una llave —declaró al tiempo que condimentaba su creación—. Y fíjate que he hecho hincapié en la palabra “tenía”.

Sí, a él le había caído incluso peor que a su lobo cuando la vio atravesar la puerta de su brazo.

—¿Qué estás haciendo? —se adelantó en un intento por cambiar de tema y dirigirlo hacia zonas menos transitadas.

—Algo cuyo nombre serías incapaz de pronunciar —aseguró moviéndose de un lado a otro—, pero que tu estómago apreciará.

Sonrió de soslayo.

—Te aseguro que mi estómago no se quejará jamás de tu comida.

El hombre asintió y continuó con su labor.

—¿Qué tal las cosas en la empresa? ¿Has conseguido lo que te proponías?

Sus labios se curvaron por sí solos.

—¿Acaso lo dudabas?

Noah se limitó a chasquear la lengua en señal de aprobación.

—Puedo dudar de muchas cosas, pero no de tu arrogancia, lobo —aseguró con un chasquido—. Tu sola arrogancia es capaz de dominar una sala entera.

Y esa era una frase que solía utilizar a menudo su difunta esposa.

—Gracias, viejo, aprecio el halago.

Se limitó a asentir, sacó la salsa del fogón y se dirigió al horno para comprobar el asado que ya olía.

—Sí, sí, sí... ahora, abandona mis dominios y ve a ducharte —lo empujó a ello—, después podrás seguir contándome tus batallitas del día.

Y aquella era una invitación a dar media vuelta e irse, pensó con diversión.

Ese hombre era todo un personaje, lo había sido desde el momento en que puso un pie por primera vez en esa casa, la de Cathy, recién salido del hospital.

Su vida se había detenido, en cierto modo, ese día aciago día de noviembre y lo había hecho llevándose consigo los anteriores cuatro años. Nunca supo qué hacía en esa estación de metro o por qué estaba en esa ciudad, lo último que recordaba con total nitidez era haber abandonado el cementerio en una tarde lluviosa, saludar a los escasos asistentes y marcharse con intención de volver a casa y pensar que hacer a continuación.

CAPÍTULO 2

Había luchado tanto por realizar este viaje, tantos meses de preparativos y de autoconvencerse a sí misma, que ahora que estaba allí le costaba creerlo. Daba igual las veces que hubiese cruzado la avenida principal, la incontable cantidad de idas y venidas que había hecho a través de las conocidas calles reencontrándose con los conocidos árboles y las casas blancas con tejados naranjas y de pizarra que decoraban el tranquilo y acogedor pueblo. No podía sacudirse de encima la sensación de pertenencia y la paz que encontraba al moverse por la zona, una que le había sido arrebatada drásticamente cuatro años atrás.

Incluso ahora conservaba la esperanza de verle aparecer doblando la calle, algo que le confirmase que esa miríada de emociones y sensaciones que se agitaban en su interior no eran solo producto de su necesidad de recordarle, de negarse a sí misma que su compañero ya no estaba en este mundo.

Abby luchó contra la congoja. Ambos habían caminado por esas pequeñas y estrechas calles, él la había llevado por las plazas sombreadas, le había enseñado orgulloso la tierra que amaba, aquella en la que se había criado, aquella en la que quería formar una familia algún día.

La vida podía truncarse rápidamente y en un solo instante por causa del destino y el suyo le había arrebatado demasiadas cosas en tan solo un momento.

«No tienes nada de lo que preocuparte, estrellita».

Se estremeció al recordar sus palabras, la manera en que la había mirado, la ternura con la que siempre la trataba. Él la había rescatado de la soledad, le había mostrado un mundo que jamás creyó posible, le brindó todo el cariño del que había carecido su vida solo para dejar que se hundiese una vez más en ella a raíz de ese maldito accidente.

Se llevó las manos al estómago con un doloroso gesto y sacudió la cabeza.

—¿Por qué todavía no has venido a buscarme, Dan? —gimió interiormente, rota por ese viejo y conocido dolor—. Dime que todavía estás ahí, en algún lugar, dime que lo que siento en mi interior eres tú y no un eco de lo que tuvimos.

Ella, una sencilla y anodina chiquilla se había emparejado con un lobo. Su mundo había cambiado radicalmente al conocerle, el miedo que había sentido al principio fue desapareciendo paulatinamente bajo la paciencia y la ternura de ese lobo hasta que no le quedó otro remedio que rendirse a él y a lo que sentía a su lado. Pero ahora él se había ido y ni siquiera estaba segura de si seguía vivo o estaba muerto.

Respiró profundamente y se obligó a hacer a un lado los aciagos recuerdos. No quería aceptar esa última posibilidad, no quería aceptar que le había perdido a él también en aquel horrible accidente cuatro años atrás. No quería aceptarlo y se aferraba con uñas y dientes a la única pista que tenía, la que había estado siguiendo

sin descanso y sin éxito durante todo este tiempo.

Daniel había aparecido en su vida un lluvioso día de primavera, la había cobijado con su paraguas y convencido de dejar de aporrear el maldito parquímetro que se negaba a registrar la hora indicada. Un café y varias citas después, la llevaron a enamorarse perdidamente de un hombre sencillo, un lobo ocurrente y con un peculiar sentido del humor que había estado pasando las vacaciones en la ciudad.

Pero Dan no era un cosmopolita, como un lobo disfrutaba de su pacífica vida en un sencillo pueblecito del interior, del rancho que le habían dejado sus recién fallecidos padres, de correr libre por los pastos y jugar con ella sin descanso.

Ambos se habían encontrado en un difícil momento de sus vidas y se habían ayudado mutuamente, el amor había llegado solo uniéndolos con un vínculo que ningún humano podía entender, haciendo que fuese impensable seguir separados y terminar formando una familia de dos, una que en esos momentos iba a incrementarse.

—¿Por qué no lo dejamos para otro momento? Uno en el que tú no estés ocupado y puedas acompañarme a la ciudad —había rezongado, acariciándose el plano vientre dónde se gestaba su pequeño lobito.

—Solo será un día, *estrellita* —le había acariciado la nariz con hacía siempre para luego tocarle la tripa—, ¿no podéis sobrevivir veinticuatro horas sin mí?

—Creo que no podría sobrevivir ni un solo minuto.

Había hecho un puchero para luego enterrarse en su enorme abrazo, empapándose de su calor y su aroma.

—Sobrevivirás mientras no olvides que te quiero, *estrellita* y que eres toda mi vida —se había reído abrazándola a su vez—. Te recogeré el viernes a las nueve en punto, ni un segundo después; te lo prometo.

Pero esa promesa quedó truncada por un inesperado accidente, uno que había convertido la estación de tren en un trágica zona cero. Una explosión de gas habían dicho que era la causa de las muertes, de los heridos y del caos sembrado aquella fría mañana. Un fatídico accidente que se cobró la vida de muchos inocentes, entre ellos, la de su hijo no nato.

No recordaba gran cosa de lo sucedido esa mañana, tan solo el ensordecedor sonido de la explosión, gritos y el agudo dolor que le había lacerado el estómago, eso y la imagen de Dan esperándola en el andén un segundo antes de que todo explosionara.

Cuando despertó estaba en el hospital, habían pasado varios días y su lobito la había abandonado. A Dan lo dieron por muerto, posiblemente una de las víctimas que había sido incapaz de identificar, pero ella se negaba a aceptar esa posibilidad, en lo más profundo de su ser confiaba en que estuviese vivo, que algo hubiese pasado dando como motivo que no hubiese venido a buscarla en todos esos años. No quería aceptar su muerte y no lo haría mientras ese sordo latido que vivía dentro de ella, uno que había creado el vínculo entre compañeros, se extinguiese por completo.

Y ahora estaba de nuevo allí, en su pueblo, en el lugar en el que habían decidido formar una familia, el mismo que había visitado nada más salir del hospital y se había encontrado completamente vacío. Los recuerdos habían sido tan duros, que fue incapaz de quedarse y regresó a su ciudad, quedándose allí todo ese tiempo hasta que la desesperación la hizo moverse otra vez en busca de un milagro.

Esta era su última oportunidad, si no daba con él esta vez, no creía que tuviese más fuerzas para seguir buscándole. Si no lo encontraba, tendría que obligarse a olvidarle para siempre y olvidar el amor que nunca se había extinguido.

—Por favor —elevó los ojos al cielo pidiendo una plegaria—, por favor, si está con vida, devuélvemelo.

CAPÍTULO 3

Había cosas que no cambiaban a pesar del paso de los años, Dan era consciente de ello al pasear por las calles del pueblo en el que había nacido y dónde había pasado su juventud. La tranquilidad y sencillez que lo caracterizaba seguía presente en las hogareñas construcciones, en los cuidados jardines y en cada recoveco del lugar, daba igual el tiempo que hubiese pasado, que hubiese estado ausente cuatro años, uno o toda una vida, había muy pocas cosas que cambiaban en Everly Place.

Esbozó una irónica sonrisa al reconocer cada uno de los edificios y saber exactamente quién los habitaba o la función que habían tenido y, en algunos casos, todavía tenían. La barbería seguía en el mismo sitio de siempre, con la eterna lámpara en forma de torno rojo, blanco y azul que había visto tantas veces al pasar por la acera. Un par de casas más allá se encontraba la principal tienda del pueblo, con la propietaria más cotilla que existía; su madre había comentado muchas veces lo lenguaraz que era la mujer.

—La señorita Evans —recordó el nombre exacto.

No dejaba de resultar irónico que recordase centímetro a centímetro aquella parte del país y fuese al mismo tiempo incapaz de recordar nada posterior al entierro de sus padres.

Dejó escapar un profundo suspiro y emprendió el camino que llevaba al cementerio, aunque no lo hubiese admitido abiertamente, se sentía algo culpable por haberse ausentado durante ese último año y no haber vuelto a presentar sus respetos. La intranquilidad era, además, su nueva mejor amiga. No estaba seguro de si se debía al regreso al hogar o a algo más, pero desde el momento en que había aparcado el coche, no se sentía dueño de sí mismo. Suponía que se debía a su lobo y a la necesidad de correr, de conectar de nuevo con la naturaleza y el lugar que conocía como la palma de la mano. Anhelaba correr por el bosque, perderse en medio de la montaña y dejar que su parte animal se llevase todas las preocupaciones que sacudían a la humana.

—Caramba, esta sí que es toda una novedad en el pueblo.

Se giró al escuchar el jovial y ronco comentario y no pudo menos que sonreír al reconocer al propietario de tal vozarrón.

—Dan Ward nada más y nada menos —continuó el hombre tendiéndole inmediatamente la mano—. Ha pasado algún tiempo desde que te dejaste ver.

—Señor Higgins —correspondió a su saludo, recordando perfectamente al buen doctor, quién había sido íntimo amigo de su padre—, no pasan los años por usted, está como siempre.

El hombre asintió agradecido con su respuesta y se tomó unos momentos para hacer vida social.

—¿Qué tal has estado, hijo? —se interesó, su voz bajando de tono al continuar—. Me enteré de lo ocurrido con tu esposa, lo lamento mucho.

—Gracias —aceptó con sencillez—. Fue duro, pero la vida sigue y me han recordado que tengo propiedades de las que ocuparme.

Ese hombre había sido una de las pocas personas que recordaba en el entierro de sus padres, el viejo doctor era uno de los pocos que conocían su peluda naturaleza, puesto que había atendido a su padre en infinidad de ocasiones tanto en su forma humana como en la lupina. Desafortunadamente, poco después de volver al pueblo tras el accidente, a petición de Cathy, en busca de respuestas, se había enterado que el médico había pasado los últimos cuatro años fuera del país, lo que impedía que pudiese arrojar algo de luz sobre lo ocurrido con él tras la muerte de sus padres.

—Entiendo —comentó el hombre con ese gesto tan conocido para él—, supongo entonces que te veré durante algunos días por aquí.

Asintió.

—Al menos durante esta semana —aceptó. Sería lo que le llevaría comprobar el estado de la propiedad y tomar por fin una decisión sobre qué hacer con ella.

—Bien, bien —aceptó complacido—, en ese caso tienes que venir a cenar un día de estos, a Mona le encantará verte.

Agradeció la invitación sin comprometerse a nada, su regreso ya era bastante difícil y no estaba de ánimo para hacer vida social y continuó con su paseo.

Para cuando llegó a la pequeña iglesia que presidía el área del cementerio, el cielo se había encapotado y el aroma a humedad perfumaba el ambiente a pesar del cielo despejado. El calor pegajoso solo podía traer consigo una de las típicas tormentas estacionales que solían azotar la zona. Su lobo se revolvió, a él no parecía molestarle el mal tiempo, por el contrario, parecía disfrutar de ese desapacible tiempo. Instintivamente podía saborear la humedad en el aire y no dudaba que el cielo se cubriese antes o después para descargar sobre el pueblo un buen aguacero.

Hizo una mueca, a Cathy no le había gustado demasiado la lluvia. Había perdido la cuenta del número de veces que lo había amenazado con una cuchara de palo cuando volvía de correr en su forma lupina y volvía con el pelo todo mojado.

—Ojalá estuvieses aquí ahora, Cathy —murmuró echándola cada vez más de menos. Sin ella volvía a sentirse perdido y solo, tanto como lo había estado al despertar en aquella cama de hospital.

Hizo a un lado los aciagos pensamientos y reunió todas las fuerzas que le quedaban para adentrarse en el cementerio y reencontrarse con esa parte de su pasado que, si bien recordaba, hubiese preferido que se mantuviese también en el olvido.

Las lápidas que marcaban su lugar de descanso seguían impolutas y frente a ellas había sendos centros de flores que evidenciaban otras visitas. Se detuvo frente a ambos y contempló sus nombres y epitafios gravados en piedra en silencio. Su lobo, quién solía adoptar un gesto silencioso e incluso gimoteante, estaba ahora inusualmente nervioso, dividido entre la pena traída por los recuerdos de la infancia y

la necesidad de marcharse de ese lugar.

—Hola papá y mamá —murmuró en voz baja—. Ha pasado un tiempo desde la última vez que estuve aquí.

De hecho, no había vuelto a pisar el cementerio desde la última vez que había estado en el pueblo y, en aquel entonces, había estado acompañado por Cathy. Cuando su enfermedad empezó a hacerse más palpable, dejaron de venir para que ella no se agotase con viajes innecesarios y tras su muerte, él ya no había vuelto a pisar ese lugar.

—Siento haber estado tan ausente pero las cosas... bueno, sencillamente no han ido demasiado bien —continuó sintiendo la necesidad de explicarse—. Sabéis que nunca se me han dado bien las palabras, así que espero que comprendáis que ahora sea un poco parco en ellas.

Se acuclilló y acarició el nombre de su madre y luego el de su padre y permaneció un rato en silencio, era su manera de acompañarles, de sentirse de nuevo cerca de ellos.

El accidente que acabó con sus vidas había sido inesperado, un golpe que ni siquiera había visto venir. Aquella misma mañana había estado discutiendo con su padre sobre las posibles mejoras que harían en el establo, su madre había chasqueado la lengua solo para recordarles que, si algo iba a ser arreglado, era su cocina y el viejo lobo le había respondido que todo lo que deseara sería suyo. Eran una pareja que no tenían problemas en mostrar abiertamente su cariño el uno por el otro, dos lobos que se habían encontrado de jóvenes y ya no se habían separado hasta que ese accidente se llevó sus vidas.

La carretera en mal estado, un conductor que se dormía al volante y dos vidas quedaron sesgadas sin más.

Respiró profundamente y replegó esos recuerdos, los últimos que poseía de ellos.

CAPÍTULO 4

Abby se arrebujó bajo el paraguas mientras atravesaba el portón que permitía la entrada al pequeño cementerio de la localidad. Ni siquiera sabía qué hacía allí, la última vez que lo visitó fue en compañía de Dan, él había querido dejar por fin el pasado atrás y emprender un futuro con ella y con su lobito. Ese día también había llovido. Si fuese supersticiosa, si hubiese pensado por un solo instante que la tormenta era un presagio, se habría negado a marcharse sin él.

El pequeño recinto estaba salpicado por lápidas y esculturas angelicales, algunas de ellas databan de varios siglos atrás mostrando el carácter y la antigüedad del pueblo. Siempre le habían maravillado aquellos silenciosos e inmóviles ángeles que parecían custodiar no solo la tumba en la que estaban emplazados, sino también todo el lugar. Siguió el sendero de piedra que serpenteaba por la parte antigua y se abrió a la nueva, el contraste de la edificación era tan grande que muchos vecinos habían puesto el grito en el cielo.

Se detuvo al lado de la última de las estatuas que separaba las dos zonas, un ángel con alas caídas, arrodillado y rezando una plegaria a quién quisiera escucharla. Deslizó los dedos por la superficie y acarició los húmedos pliegues de piedra que formaban la túnica. Bajo la lluvia, la figura parecía adquirir una nueva dimensión, como si él mismo estuviese llorando y esa congoja se filtrase en ella.

Las primeras lágrimas acudieron a sus ojos sin posibilidad de detenerlas.

—¿Por qué he venido? —murmuró, mordiéndose el labio con profunda tristeza.

Esa era una pregunta que no había dejado de hacerse durante todo el tiempo, ese lugar, el pueblo, el rancho que todavía no había visitado, todo ello lo evocaba a él, cada pedazo de tierra contenía un nítido recuerdo de su tiempo juntos, uno que quizá nunca más volvería.

—No puedo hacerlo —murmuró para sí y sacudió la cabeza dispuesta a dar media vuelta y volver a su hotel—. Ni siquiera debía haber venido.

Se llevó la mano al pecho y respiró a través del nudo de dolor, necesitaba salir de allí, volver a casa y olvidarle. No podía seguir viviendo de una esperanza que cada día que pasaba parecía marchitarse, sin nada que la alimentase.

«Nunca olvidas que te amo».

Un trémulo sollozo abandonó su garganta, aquella frase vivía perpetuamente en su mente y en su corazón, se aferraba a ella con uñas y dientes esperando que fuese suficiente para mantener la esperanza.

Lo mejor que podía hacer era volver a casa y empezar de una buena vez con su vida, dejar atrás el pasado e intentar forjarse un presente. Se despediría de aquel lugar por última vez, le diría adiós y se esforzaría por encontrar un nuevo futuro, sola.

Tomada la decisión abandonó su apoyo y levantó la mirada para dedicarle la

última despedida al lugar, pero no pudo hacer que sus labios se moviesen y emergiese una sola palabra. Allí, delante de ella, totalmente empapado por la lluvia, con el pelo un poco más largo y esos intensos y conocidos ojos posados en ella, creyó ver un ángel.

—No... no puede... no puede ser...

Él caminaba directamente hacia ella, lo vio mover los labios pero era incapaz de escuchar ninguna otra cosa que su propio corazón fustigándole los oídos. Empezó a temblar como una hoja, sus latidos sonaron cada vez más fuertes y los dedos se aflojaron alrededor del paraguas haciendo que este cayese al suelo mientras la lluvia empezaba a empaparla. Tenía la boca seca, los ojos anegados en lágrimas y el pecho apretado por la angustia y la congoja, pero era el vínculo que tenía con su compañero el que pareció cobrar vida, haciendo que se quedase sin respiración.

—¿Dan? ¿Eres tú de verdad?

Los intensos e inquisitivos ojos se abrieron ligeramente, como si le sorprendiese que conociese su nombre, se detuvo delante de ella para coger el paraguas y levantarlo de modo que quedase de nuevo a cubierto.

Lo vio mover los labios, sabía que le estaba hablando y a juzgar por el gesto en su rostro parecía preocupado de su ausencia de respuesta. Pero ella era incapaz de decir una palabra, era incapaz de reaccionar.

—¿Se encuentra usted bien, señorita? —Las palabras se filtraron entonces en sus oídos.

La preocupación en su voz, ese conocido tono y la intensidad de su mirada la hicieron temblar. No podía creer lo que estaba viendo, ni siquiera sabía a ciencia cierta si estaba despierta o soñando, si el hombre que estaba ante ella era real.

Se perdió en sus ojos, era incapaz de hacer que sus otros sentidos funcionasen, solo podía mirarle y rogar que fuese real y no un sueño. Él seguía moviendo los labios y tuvo que esforzarse de veras en escuchar.

—¿... se encuentra bien?

No pudo esperar más, su mano se movió por sí sola, temblaba tanto que era incapaz de pronunciar algo coherente y, en el momento en que tocó su chaqueta, que sintió la dureza y la firmeza de la realidad, las compuertas de sus ojos se desbordaron y rompió a llorar.

—Oh dios mío, eres tú, de verdad eres tú —gimió entre hipidos—, oh, dios. Eres tú...

Fue incapaz de hacer otra cosa que cubrirse los ojos con las manos y llorar por el inesperado alivio, por el milagro que suponía su presencia.

—¿Nos... nos conocemos?

La inesperada pregunta fue como un electroshock, el corazón se le detuvo en seco, levantó la cabeza y lo miró a través de las lágrimas luchando por entender que estaba observando a alguien de carne y hueso, porque él era real, ¿verdad?

—Dan...

Fue incapaz de hacer otra cosa que pronunciar su nombre.

Él la miró a los ojos, la sorpresa batallando con algo más, ¿anhelo?

—Usted... usted, ¿me conoce? ¿Nos conocemos?

La incredulidad empezó a filtrarse a través de sus poros, intentó sonreír, esperaba que él se echase a reír, que la abrazase y le dijese que era una broma, que llorase incluso por tenerla junto a él de nuevo, porque estaban juntos, pero todo lo que hizo fue mirarla con intensidad.

—Daniel, soy... soy yo, Abby —murmuró con una incrédula risita—. Oh, dios... no puedo creerlo... Dan... eres tú de verdad.

—¿Abby? —repitió su nombre, entrecerró los ojos y la miró fijamente pero era como si mirase a través de ella, como si no la reconociese—. Lo siento... yo, no sé quién eres.

Las palabras fueron como una cuchillada en su alma, los pulmones eligieron dejar de funcionar y el impacto emocional la llevó a sumirse en la negrura.

Dan cogió a la mujer antes de que tocase el suelo. El solo contacto le arrancó el aliento al igual que lo había hecho su voz, pero era incapaz de recordarla, de encontrar un nombre en su mente y cuando ella se lo dijo, sencillamente no encontró nada.

CAPÍTULO 5

Abby emergió lentamente de la oscuridad, desorientada y extrañada. Parpadeó y se encontró mirando al techo y a esa vieja y conocida lámpara de latón. La familiaridad la envolvió al instante, acogiéndola en ese capullo del pasado, en otro momento, en otra parte de su vida. ¿Cuándo había llegado al rancho? ¿Por qué se había instalado en esa habitación?

Se llevó la mano a la frente y se la pasó por el pelo sin dejar de fruncir el ceño al encontrarlo húmedo.

Lluvia. Estaba lloviendo.

Los recuerdos empezaron a filtrarse en su mente como el agua que cae de una cascada.

Había ido al cementerio.

Las lágrimas volvieron a inundar sus ojos, su cerebro se activó al instante y se encontró incorporándose con un rápido sobresalto.

—Despacio, pequeña —escuchó a su derecha—. No hay prisa...

Esa voz se filtró en su mente, despertando sus dormidas y vapuleadas neuronas mientras giraba la cabeza en dirección a esas palabras y se encontraba con lo imposible. Él estaba sentado en una silla al lado de la cama, una toalla le rodeaba los hombros mientras esa conocida mirada se posaba en ella.

Dan. El nombre penetró en su mente, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas sin contención, empezó a temblar como una hoja, el corazón le latía a toda velocidad y los dedos se le curvaban con la ansiedad por tocarle, por comprobar que era real y no producto de su imaginación.

—¿Estás aquí? ¿Eres realmente tú?

Se le secó la boca, la angustia hizo presa en su pecho arrebatándole el aire, apretó los dedos alrededor de la sábana y contempló esos inolvidables ojos, los cuales la miraban entre curiosos y nerviosos, pero con una clara ausencia; reconocimiento.

—Creo que eso salta a la vista, el que esté aquí, quiero decir —comentó él, sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa y todo en su interior saltó una vez más. Conocía esa sonrisa, se la había dedicado tantas veces que no podía equivocarse—. ¿Te encuentras bien?

Se le quedó mirando sin poder evitarlo. Estaba allí, frente a ella, vivo.

—Estás vivo...

La afirmación lo cogió por sorpresa, frunció el ceño y se inclinó hacia ella.

—Sí —respondió en un tono de voz más bajo, serio—. ¿Quién eres tú, pequeña?

La directa pregunta la golpeó con fuerza, abrió los ojos y lo contempló buscando algo que le dijese que estaba burlándose de ella, pero no lo encontró. Estaba hablando completamente en serio, Dan estaba allí, frente a ella y no sabía quién era.

—No... no sabes... ¿Cómo es posible? Yo... soy Abby. Abigail —pronunció a duras penas, las lágrimas descendiendo sin barreras por sus mejillas—. Dan, soy yo. Soy Abby, soy tu compañera.

Extendió la mano hasta coger una de las suyas. El contacto fue todo lo que necesitó para convencerse de que no estaba soñando, que todo era real. Rompió a llorar a lágrima viva, se revolvió en las sábanas y se lanzó a sus brazos.

—Estás vivo... estás vivo... estás vivo...

Notó el sobresalto en el cuerpo masculino, la rigidez, la ausencia de brazos envolviéndola, acunándola como solían hacerlo. Ese hombre la trataba como una completa extraña, como si no la reconociese, como si se hubiese olvidado de ella.

—Um... ¿Abigail? Creo que... tenemos que hablar... —lo escuchó carraspear—. Está claro que sabes quién soy, pero... no sé cómo decir esto... No sé quién eres.

Y esa afirmación fue como una nueva puñalada. Sus manos se aflojaron al mismo tiempo que notaba las de él empujándola lentamente, apartándola hasta que sus ojos se encontraron.

Negó con la cabeza, mirándole.

—No. No es posible... soy yo, Abby. Lobo... soy yo...

La sorpresa bailó en su rostro.

—¿Cómo sabes...? Tú no eres una loba.

Negó inmediatamente.

—No. Soy humana y sí, sé que eres un lobo. Eres mi lobo...

La necesidad y el dolor se dieron cita en sus ojos un instante antes de que apartase la mirada, la devolviese a la cama y se pusiese en pie, poniendo distancia entre ambos.

—Esto es muy raro —aseguró con nerviosismo—. Está claro que me conoces, pero yo... verás, no quiero que te lo tomes a mal, pero no te recuerdo. Hay una gran parte de mi pasado que no recuerdo —declaró pasándose la mano por la cabeza, revolviéndose el pelo—. Tuve un accidente... he perdido cuatro años de recuerdos.

Sus palabras la impactaron, lo miró a los ojos esperando que se echase a reír, que le dijese que estaba bromeando, pero estaba hablando realmente en serio. Era incapaz de dejar de mirarle, su cercanía era un sueño, pero esos ojos que la miraban la traspasaban sin verla realmente.

Dios mío, ¡no la reconocía!

Lo recorrió con la mirada necesitando asegurarse de que era él. Y lo era, pero al mismo tiempo también era distinto. Había un aire serio y duro a su alrededor que no había estado antes ahí, unas arruguitas en las comisuras de sus ojos que hablaban de una dureza que le era completamente ajena. Era tan alto como recordaba y al mismo tiempo más corpulento, su cuerpo había ganado musculatura y en ciertos aspectos también frialdad.

Se obligó a pasar el nudo que tenía en la garganta, el que amenazaba con ahogarla cuando esos ojos se encontraron con los suyos y empezó a hablarle de nuevo.

—¿Quieres que llame a alguien para hacerle saber que estás aquí? —escuchó sus palabras sin oírlas realmente—. Estás en el rancho Crossroad, por cierto.

Sus palabras abrieron una grieta en su alma y el dolor lo atravesó como un hierro ardiente. Sacudió la cabeza incapaz de hacer otra cosa.

—No... no —fue incapaz de seguir. Jamás se imaginó su reencuentro de aquella manera. En su mente él la abrazaba, le decía lo mucho que la había extrañado, que se había estado muriendo sin ella y que nunca más volvería a dejarla ir.

—¿Estás bien? —insistió visiblemente preocupado, parecía estar luchando consigo mismo.

Sacudió la cabeza una vez más y dejó que las lágrimas hablasen por sí solas.

—No... no lo estoy.

Él pareció acusar sus palabras o el temblor en su voz, sus ojos buscaron los suyos, le vio lamerse los labios con nerviosismo y mirar a su alrededor.

—Lo siento, pequeña —contestó con cierta incomodidad—. Esto... esto es realmente... Joder, es una mierda.

El primero de los quejidos escapó de sus labios, no pudo retenerlo y le siguió un segundo, el llanto atravesó sus sobrecogidas defensas y ya no fueron solo lágrimas lo que vertió, sino dolor, desesperación y alivio a partes iguales.

No la recordaba, dios mío, no la recordaba... pero, estaba vivo... Daniel, su lobo, su compañero estaba vivo.

—Eh, vamos... no llores así —replicó con gesto nervioso—. Maldita sea. No soy bueno con las lágrimas. Por favor, para...

Sacudió la cabeza y balbuceó entre hipidos.

—No... no puedo...

Lo escuchó rezongar para luego sentarse a su lado en la cama y abrazarla. Aquel gesto solo hizo que su llanto incrementase y él se convirtiese en su pañuelo de lágrimas.

—Abigail, deja de llorar —escuchó su voz al tiempo que una mano empezaba a acariciarle la espalda—. Estoy vivo, ¿ves?

Sus palabras solo contribuyeron para aumentar sus lágrimas y que se aferrase a él con más fuerza.

—Maldita sea —lo oyó gimotear—. ¿Qué demonios tengo que hacer para que dejes de llorar? ¡No soporto las lágrimas!

—Te has olvidado de mí —musitó contra la tela de su camisa—, te has olvidado de mí, Dan.

Le pareció oírle resoplar.

—Me temo que no eres lo único que he olvidado, pequeña —aseguró con pena—. Hay muchas cosas enterradas en mi pasado y que no puedo alcanzar. Sufrí un accidente... una explosión de gas en una estación de tren. Me alcanzó la metralla y pasé varios meses en coma. Cuando desperté me encontré con que los últimos cuatro años de mi vida habían desaparecido.

La inesperada explicación la dejó sin respiración, el llanto se detuvo en seco, se empujó en sus brazos y se encontró con sus ojos.

—¿Qué...? Eso no... no puedes...

Ladeó la cabeza y la miró.

—Supongo que tú perteneces a ese periodo de mi vida que he olvidado, ¿no es así?

Cuatro años. Él había olvidado los últimos cuatro años.

Sacudió la cabeza incapaz de hacer frente a tal revelación.

—No, no puede ser verdad.

El dolor cruzó una vez más por los ojos masculinos, pero esta vez no apartó la mirada.

—No recuerdo nada posterior al funeral de mis padres —declaró con firmeza, buscando en su rostro, comprobando su reacción—, solo el momento en que desperté en una cama de hospital y me dijeron que había tenido un accidente.

Sacudió la cabeza incapaz de hacer frente a sus palabras.

—No... —negó con vehemencia.

Pero él no cedió.

—No sé quién eres, Abigail —declaró con firmeza—, no te recuerdo. Pero está claro que tú a mí sí —se inclinó de nuevo sobre ella, sus ojos buscando respuestas en los suyos—. Y si sabes lo que soy... dime, ¿quién eres?

Se lamió los labios y dejó que por sus mojadas mejillas descendiese la última de las lágrimas.

—Nadie —musitó con voz rota—, parece que no soy... nadie.

CAPÍTULO 6

—Tengo... tengo que irme.

Hizo las mantas a un lado y se deslizó fuera de la cama. Tenía que salir de allí, alejarse de él aunque todo le gritase por quedarse a su lado, abrazarle y rogarle que no la soltase nunca, que no la dejase ir.

Pero él no la recordaba, no mentía al decirlo con tanta claridad, podía verlo en sus ojos; no tenía la menor idea de quién era. Ni siquiera la reconocía.

De todas las posibles pesadillas con las que habría podido encontrarse aquella era la más dolorosa, una que no sabía cómo enfrentar.

—Abigail, espera...

Se encogió al ver su mano extendida, saber que esa mano no recordaría haberla acariciado anteriormente ni haberla cobijado dolía demasiado.

—No puedo —musitó luchando con el nudo que tenía en la garganta. Miró a su alrededor en busca de su ropa, le había dejado tan solo la camiseta que llevaba puesta y las braguitas.

—Abby, no puedes marcharte así... —le dijo él haciéndose a un lado cuando la vio atravesar el dormitorio para recoger su ropa de la silla—. Hablemos...

Se volvió hacia él y se le encogió el corazón al verle. Dios, estaba allí, ante ella, vivo, hablándole y al mismo tiempo era como si fuese un completo extraño.

—No hay nada que decir —murmuró y se apresuró en vestirse.

—¡Y un demonio que no! —se exaltó, su voz demasiado cercana del lobo—. Me has reconocido, sabes quién soy y a juzgar por la forma en la que reaccionas, de la manera en que mi lobo parece reconocerte, está claro que hay más, mucho más. Háblame, maldita sea. Necesito... —sacudió la cabeza—. No tengo ningún recuerdo de los últimos cuatro años y, hasta ahora, tú pareces ser mi mejor opción para saber lo que pasó.

Sus palabras la golpearon con fuerza, tragó con dificultad y se lamió los labios.

—¿De veras no lo recuerdas? ¿No recuerdas nada?

La sombra de dolor que atravesó sus ojos era suficiente respuesta, el vínculo que los unía seguía allí, pero se mantenía en silencio, con la misma lejanía que había tenido desde aquel día y ahora empezaba a comprender el motivo.

—Hay cuatro años de mi vida que se esfumaron por completo, se han volatilizado de mi cerebro, nunca han existido —declaró mirándola a los ojos—. Y, sin embargo, ese tiempo existió, yo lo pasé de alguna forma, quizá incluso con... alguien.

La súplica en su voz se reflejaba en su mirada.

—Y tú... a pesar de que no puedo recordarte —hizo un alto, su voz bajó de tono como si temiese hacer la pregunta—, siento... siento que has formado parte, de alguna manera mi lobo te reconoce y... por tus palabras es obvio que ha sido así.

La duda, la elucubración, todo se conjuró en su rostro de una manera que estuvo a punto de hacerla llorar otra vez, pero no fue esa la emoción que la envolvió. Sintió rabia, desesperación, se encontró enfadándose con él por no reconocerla, por no recordar quién era y, sobre todo, por no recordar lo que le había prometido.

—¿Cómo has podido olvidarlo? —musitó agobiada por su falta de empatía—. ¿Cómo has podido?

No esperó respuesta, se vistió a toda prisa, se calzó las botas todavía húmedas y se precipitó hacia la puerta de la habitación. Tenía que marcharse de allí antes de derrumbarse por completo. Necesitaba tiempo para ordenar sus ideas, necesitaba distancia, pero la idea de separarse de él la angustiaba de una forma que la asustaba.

Dios, Dan estaba vivo, pero no la recordaba, ni a ella ni a su lobito, decía que no recordaba nada sobre los cuatro años posteriores a la muerte de sus padres. Eso quería decir que no la recordaba a ella, no sabía quién era ni cuando se habían conocido, no era consciente de que se habían enamorado, que él la había reclamado como compañera, que se habían ido a vivir juntos y estaban esperando un hijo cuando se separaron.

—¡Abigail, espera!

Pero no lo hizo, recorrió rápidamente el pasillo, bajó las escaleras de dos en dos y se precipitó a través de la casa hacia la puerta de salida. Tiró del pomo solo para que una fuerte mano la cerrase de golpe impidiéndole salir, su cuerpo le impidió cualquier posibilidad de escape y su agitada respiración resonó en sus oídos.

—No huyas de mí... —le pidió—. Por favor, no te marches así...

Tragó ante la cadencia de sus palabras, el silencioso ruego que encontró en ellas.

—Déjame salir, Dan, por favor.

Incluso pronunciar su nombre dolía, lo hacía tanto cómo escuchar su voz, cómo sentir su palpable presencia envolviéndola.

—No puedo —murmuró con voz ronca, aspirando profundamente su aroma—, no... no puedo dejarte ir... no sé por qué, no lo comprendo, pero ahora que estás aquí, la sola idea de que te vayas... me enloquece.

Se encontró con sus ojos y vio al lobo en ellos, no era el hombre el que hablaba, era la bestia.

—Tu aroma... creo que lo recuerdo —declaró acariciándole el cuello con la nariz—, siempre ha estado ahí, como algo extraño y eludible, pero ahí.

—Dan, por favor...

La miró con hambre, un hambre desnuda y cruda.

—Tengo que besarte, Abigail —gruñó sobre sus labios—, necesito besarte.

Sus labios cayeron sobre los suyos y todo su mundo explotó, su sabor le devolvió la vida que había perdido al pensarle muerto y no pudo hacer otra cosa que abrazarse a él y responder con el mismo ardor a su necesidad. Gimió al sentirle cerca de ella otra vez, al reconocer el sabor de su boca, la dureza de su cuerpo, pero había algo que no estaba bien, algo que no encajaba, como si a pesar de estar tan cerca el

uno del otro hubiese también cierta distancia.

«Él no te recuerda».

Su corazón dio un vuelco, las lágrimas acudieron a sus ojos una vez más mientras sentía como se le encogía el pecho. Le empujó, apartándose de él y sintiéndose traicionada.

—No es justo —musitó mientras sentía sus lágrimas resbalando por sus mejillas.

La nube de pasión que oscurecía sus ojos y mostraba a su lobo más superficial que nunca empezó a desaparecer bajo la conciencia humana.

—Lo siento, yo... no sé qué me ha pasado.

Con piernas todavía temblorosas, dio un paso atrás, se desenredó de sus brazos y miró a su alrededor sin poder dejar de temblar.

—Abby...

—Tengo que irme —se lamió los labios—. Tengo que irme... no puedo... esto no está bien... No...

Empezó a acortar la distancia entre ellos a medida que ella la ampliaba.

—Deja que al menos te lleve hasta el pueblo.

Se estremeció y sacudió la cabeza.

—No es necesario —negó. Necesitaba estar sola para poder pensar y asimilar todo lo que estaba pasando.

—Abigail...

La forma en la que pronunciaba su nombre le daba escalofríos. No lo hacía con la ternura que recordaba, esa manera de arrastrar las vocales que tanto le gustaba. Este hombre no era el Dan que recordaba, en muchos aspectos, no era el hombre que le había dicho se reuniría con ella. Esa inesperada y febril unión no había sido otra cosa que pasión y necesidad, la de un lobo remarcando su reclamo sobre su compañera.

Abrió la puerta y esperó a que él se apartase para dejarla salir.

—Espera... es necesario que hablemos —insistió.

—No hay nada más que decir —pidió y empujó para poder pasar—. Por favor, no lo hagas más difícil.

—Lo siento —murmuró antes de hacerse a un lado y permitirle así salir.

—No tanto como lo lamento yo —musitó al tiempo que se deslizaba a través de la rendija abierta de la puerta y salía de la casa que una vez le había proporcionado una infinita felicidad.

Dan observó cómo se marchaba y tuvo que hacer un dantesco esfuerzo para no salir tras ella. ¿Qué diablos había hecho? Por dios, la había besado como un. Su lobo la había olido y la había querido, para él esa mujer era suya pero el hombre necesitaba más, necesitaba una explicación que había sido incapaz de obtener.

CAPÍTULO 7

—Parece que tu regreso a casa ha traído consigo algunos nubarrones más que el de la tormenta de esta tarde.

Dan miró a su interlocutor e hizo una mueca. Había aceptado reunirse esa noche para cenar con el doctor y su esposa. Noah había insistido en que lo hiciese y dejase a un lado el pensamiento de esa inesperada aparición, pero había sido incapaz de hacerlo. Desde que Abigail había aparecido en su presente, su pasado parecía hacerse todavía más oscuro e incierto.

La manera en que esa muchacha había reaccionado al verle, el obvio reconocimiento y el horror que había visto en sus ojos cuando le dijo que no la reconocía chocaban estrepitosamente con la enorme metedura de pata que había cometido al follársela.

—Me encontré con alguien que pertenece a mi pasado.

O eso era lo que creía, especialmente ante el reconocimiento de su lobo, ya que la chica se había negado a decirle una sola palabra. Su necesidad de huir había sido tan grande como la pena e impotencia que vio en sus ojos cuando le dijo que no sabía quién era.

El encuentro había sido del todo inesperado, por más que lo intentaba era incapaz de recordarla y, a pesar de ello, no podía negar que su presencia había removido una enorme cantidad de cosas en su interior, empezando por su cuerpo y terminando con su alma.

Era un hombre y tenía necesidades, pero sus esporádicos encuentros sexuales no tenían nada que ver con lo que esa desconocida había encendido en él al punto de desatar a su lobo.

—¿Ah sí? —se interesó el doctor—. Eso es una buena señal. Quizá pueda ayudarte a esclarecer esos años perdidos.

Se frotó la nuca y resopló.

—Dudo mucho que esté dispuesta a hacer algo más que desaparecer tan rápidamente como ha llegado. —Especialmente después de cómo se había portado con ella.

El hombre lo miró con interés.

—¿Una mujer?

Asintió y suspiró su nombre.

—Abigail.

—¿Abigail qué?

Hizo una mueca al comprender que ni siquiera había preguntado su apellido. ¿Acaso podía ser más gilipollas?

—Solo Abigail —resopló—. Bajita, pelo castaño claro, ojos claros...

Los labios del médico se curvaron en una mueca similar a la suya.

—Ese podría ser el retrato de la mitad de la población femenina del condado.

—¿Abigail, has dicho?

Ambos se giraron al escuchar la voz de la esposa del doctor, quién venía secándose las manos en el delantal.

—¿Te suena el nombre, querida?

Los rosados y llenos labios se curvaron de manera pensativa.

—Esta tarde, en la tienda de Betty, Jessica hizo un comentario sobre la llegada de Daniel —comentó la mujer al tiempo que le miraba con cariño—. Es un pueblo pequeño, ya sabes que las novedades vuelan, especialmente cuando se trata de la vuelta a casa de un hijo pródigo.

Puso los ojos en blanco.

—No me consideraría tal cosa —replicó con suavidad—. Mi tiempo aquí es limitado, tengo que volver a la ciudad antes del viernes, tengo negocios que atender.

Y ese era otro jodido motivo por el que necesitaba encontrar respuestas y a la mayor brevedad posible.

—Sí, sí, por ello me hace muy feliz que aceptases venir a cenar esta noche con nosotros —aseguró la mujer con la misma jovialidad y cariño que recordaba. Siempre había sido una dama hogareña, buena amiga de su madre. El verla, le recordaba un poco a ella—. El caso es que también estaba la abuela de Lucy, ¿la recuerdas, Edgar?

El doctor asintió.

—Cómo olvidarla —dejó escapar un resoplido—. Creo que todo el pueblo llevamos sus gritos atravesados en los oídos.

Dan miró de uno a otro sin comprender.

—La señora Smith sufre de esquizofrenia —le aclaró rápidamente—. Cuando tiene alguna crisis, pega unos gritos que se escuchan al otro lado de la montaña.

Sacudió la cabeza.

—¿Y qué tiene que ver ella con...?

Mary lo interrumpió.

—Cuando oyó tu nombre empezó uno de sus conocidos monólogos —prosiguió la mujer—, y creo recordar que, entre toda esa verborrea que soltó y a la que no le hicimos demasiado caso, pronunció el nombre de Abigail.

—Eso puede ser sencillamente una coincidencia —comentó su marido.

Su mujer chasqueó la lengua.

—Es posible, pero me quedé escuchándola un momento y me pareció bastante coherente mientras hacía mención al desgraciado accidente de Anna y Alexander —continuó ella—. También comentó que, tras el funeral, Daniel se había marchado solo para regresar después con una señorita de ciudad.

—¿Señorita de ciudad? —sonrió de medio lado ante la elección de palabras la cual solo podía hacer referencia a su esposa—. A Cathy le habría gustado escucharse llamar así.

La mano femenina se posó sobre su brazo en un mudo gesto de consuelo.

—Eso es lo que me llamó la atención, la abuela Smith mencionó a una tal Abigail —explicó—, creo que dijo algo así como:

CAPÍTULO 8

—Esto es...

Abby se quedó sin palabras, los renglones parecían dispuestos a bailar ante sus ojos como si de esa manera pudiese comprender mejor lo que estaba leyendo.

—Es la segunda vez que me lo proponen.

Su mirada voló de nuevo a la de la mujer que estaba sentada al otro lado del sofá, la misma que le había ayudado a mantenerse en pie estos últimos años y a afrontar un pasado que, ahora descubriría, jamás había estado enterrado.

Amanda era la única familia que tenía. Más que una hermana, más que una amiga, se habían conocido durante su convalecencia en el hospital y habían salido del infierno, en el que habían estado viviendo en ese momento, juntas.

Ella había acabado en el hospital por un tema de malos tratos, su ex marido casi la había matado de una paliza, de hecho, posiblemente lo habría conseguido si no hubiese acudido la policía. El cabrón se había saltado una orden de alejamiento y había llegado dispuesto a acabar con su vida. Ya fuese por azar del destino o por justicia universal, el mismo día en que había terminado en el hospital, el imbécil había decidido quitarse la vida al saltar desde la ventana de un tercer piso para escapar de los agentes que lo buscaban.

Abby se había estado recuperando al mismo tiempo del accidente sufrido en la estación de trenes en el mismo hospital, la pérdida de su lobito y la desaparición de Daniel la habían dejado en un estado de depresión y autodestrucción que habría acabado con ella de no haberla conocido.

Juntas se habían apoyado la una en la otra para salir adelante y, ahora, cuatro años después, su amiga le enseñaba la carta que había estado esperando durante tanto tiempo, una oportunidad de futuro.

—¿La segunda? Pero, ¿cuándo fue...?

Le sonrió, cogió el papel y lo repasó.

—Hace tres años quedó una vacante y me propusieron para el puesto —le explicó noqueándola una vez más con sus palabras—. La rechacé. No me sentía preparada y tú acababas de encontrar trabajo, así que...

Sacudió la cabeza con incredulidad.

—¿Fue cuando me aceptaron en el programa de becarios? —preguntó asombrada—. Pero, ¿por qué no me lo dijiste?

Se sintió dividida y una traidora. ¿Cómo no lo había sospechado? ¿Cómo no se había dado cuenta entonces? Esto suponía un cambio, un avance inmenso en la profesión de Amanda, una que había relegado por culpa de su ex marido y, después, para intentar reponerse.

—No podía dejarte aquí sola, no... no era nuestro mejor momento —comentó con

un ligero encogimiento de hombros—. Y ahora...

Ahora no iba a dejar que se echase atrás; por nada del mundo. Amanda había sacrificado ya bastante a lo largo de su vida, no permitiría que volviese a rechazar una oferta como esa por miedo a dejarla sola.

Había llegado la noche anterior hecha un mar de lágrimas, llorando y gritando por lo injusto que era la vida. Le había explicado rápidamente todo lo ocurrido para luego terminar completamente vacía e inmóvil en el sofá del salón.

Ella podía estar destrozada, su mundo haberse venido abajo, pero no iba a permitir que Amanda renunciase a su futuro por quedarse a su lado.

—Tienes que aceptarlo.

La brusquedad con la que dijo aquellas palabras las sobresaltó a ambas.

—Quizá todavía no es el momento...

Sacudió la cabeza con energía.

—¡Tonterías! —se negó en rotundo—. Este es el momento perfecto —aseguró señalando el papel—. Además, si no estuviesen realmente interesados en alguien de tu talento, no te lo habrían vuelto a proponer.

Se encogió de hombros como si desestimase tal interés.

—Esto ha tenido que salir de la dirección interna del laboratorio en el que actualmente trabajo —aseguró con un mohín—. Ellos son los que han recibido la propuesta e inmediatamente me incluyeron en la lista.

—Pues está claro que ese laboratorio te prefiere a ti por encima de cualquier otro especialista —declaró convencida—. Sería un cambio realmente importante, un avance en tu carrera...

La miró y suspiró.

—Estamos hablando de Luxemburgo, Abby —aseguró como si ese fuese el mayor impedimento de todos.

Sacudió la cabeza decidida a que aceptase el trabajo, si era necesario, la arrastraría ella misma al aeropuerto y la metería en ese avión hacia su nueva vida.

—Hablas varios idiomas —enumeró recordándole lo inteligente y valiosa que era —, eres una trabajadora seria e incansable. Además, Luxemburgo no está tan lejos, no es cómo si te enviasen a Camboya o a la Conchinchina. Siempre puedo ir a hacerte una visita en vacaciones.

Enarcó una ceja y la miró con ese gesto que le decía que la conocía muy bien.

—¿Estás intentando deshacerte de mí, Abigail?

Sacudió la cabeza y sonrió.

—Sabes que te quiero demasiado para hacer algo así.

La sagaz mirada femenina se cerró en la suya.

—¿Estás segura de eso? —insistió—. Ahora que sabes que Daniel...

Le sostuvo la mirada y le respondió con toda la sinceridad de la que fue capaz.

—De lo que estoy segura es, que, de no ser por ti, es posible que me hubiese quedado para siempre en esa cama de hospital —aceptó con aplastante sinceridad—.

Sí, las cosas han cambiado completamente para mí en las últimas veinticuatro horas, pero lo superaré. Ya había decidido hacerlo antes de emprender este viaje, Mandy. Soy fuerte, tú me has ayudado a ser fuerte, es hora de que cada una sigamos nuestros caminos.

Su amiga asintió, entonces bajó la mirada al papel que había dejado sobre la mesa dónde le comunicaban la noticia y suspiró.

—Entonces, ¿vendrás a visitarme?

Sonrió ampliamente y la rodeó con los brazos.

—Intenta evitarlo —la besó en la mejilla y respiró profundamente sabiendo que, a partir de ahora, tendría que enfrentarse ella sola a su propio futuro, uno que posiblemente fuese sin su lobo.

CAPÍTULO 9

Dan siempre había encontrado aquella casa demasiado grande, especialmente tras la muerte de Cathy, pero no era nada comparado a la sensación que tenía ahora. El ambiente y la decoración hablaban muy bien de los gustos de su difunta esposa, ese aire de antigüedad y paso del tiempo tocaba cada recodo del lugar y lo devolvía a momentos y recuerdos que ya habían quedado atrás.

Era incapaz de sacarse de la cabeza la conversación que había tenido un par de días atrás con la abuela Smith; la mujer lo había reconocido nada más traspasar la puerta y lo recibió con una serie de afirmaciones que habían puesto, una vez más, su mundo patas arriba.

Suspiró y continuó vagabundeando por el pasillo en dirección a la biblioteca, el área de la mansión que siempre había sido su favorita y en la que siempre conseguía aclararse las ideas.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le había preguntado un sorprendido Noah cuando, tras atravesar la puerta de casa, le dijo lo que acababa de averiguar.

—Todo lo seguro que puedo estar con la ausencia de esos recuerdos y la aparición de esa mujer —le había respondido.

Seguir la sugerencia de Mary y visitar a aquella mujer había supuesto un antes y un después en todo lo que era, le había devuelto, sin saberlo, aquello de lo que había carecido y que daba una nueva dimensión a su vida; una que no estaba seguro de como afrontar.

Atravesó las puertas de cristal de la enorme habitación y se dirigió directamente al piano de cola negro que adornaba una esquina de la estancia. Se sentó en la banqueta, retiró la cubierta y dejó que los dedos se deslizasen por las teclas arrancando una conocida y melancólica melodía; la cual casaba muy bien con su estado de ánimo.

Después del accidente la música parecía una buena forma de terapia, sus dedos habían reconocido la sensación de las teclas, la manera en que se hundían bajo las yemas y las melodías salían por sí solas diciéndole, aún si no lo recordaba, que sabía tocar el piano. Cathy había insistido en que tomase clases para refinar su arte y lo había aceptado solo por complacerla.

Dejó que las manos fallasen y cayesen con fuerza sobre la línea de piezas blancas arrancando un sonoro quejido, había amado a dos mujeres y a una de ellas ni siquiera la recordaba.

—Oh, el joven Daniel —lo había recibido la anciana con un brillo de reconocimiento en los ojos—. Hacía tiempo que no venías a verme. ¿Dónde has dejado a la chiquilla de la ciudad? ¿La has enviado ya de vuelta? Esa pequeña Abigail vale su peso en oro.

Aquella había sido la bienvenida que le había dado la mujer nada más traspasar el umbral del salón en el que descansaba. Su hija lo había acompañado a verla, recordándole que quizá ni siquiera le conociese. Sin embargo, para sorpresa de todos, ella había sabido perfectamente quién era él y parecía bastante centrada mientras soltaba por la boca toda la información que había venido a buscar sin pedirlo siquiera.

—A tu madre le habría gustado, siempre pensó que tenías que casarte con alguien más espabilado que las estúpidas muchachas del pueblo —le había dicho—. Y hablando de casamientos, ¿cuándo vais a poner fecha a la boda? Ese niño se merece nacer bajo el amparo del sagrado matrimonio, debes hacerte responsable de tus propios actos, muchacho.

—¿Niño? —El significado de esa sola palabra lo había dejado blanco como el papel. Se había girado hacia la hija de la anciana quién se había limitado a bajar la voz y negar con la cabeza.

—Mi madre tiende a confundir las cosas, otras directamente se las inventa —aseguró a modo de disculpa—, la edad y la enfermedad...

—Oh, ¡cállate de una maldita vez, vieja bruja! —saltó entonces la anciana—. Tú no sabes nada, nada, nada.

—Mamá, por favor —pidió con cansancio, un gesto que parecía haber hecho demasiadas veces y que era cotidiano—. ¿Qué te he dicho sobre insultar?

La anciana se limitó a chasquear la lengua, le cogió de la manga de la camisa y tiró para obligarlo a inclinarse.

—Ella se cree que estoy senil, pero esta cabecita funciona mejor que nunca —aseguró en confidencia—. Se cree que no sé dónde esconde las galletas de chocolate. Están en la cocina, en el segundo estante.

La mujer había vagado entre esas incoherencias y otras frases las cuales pronunció con tal resolución que ya no sabía que era verdad o que mentira.

—Ha dicho algo sobre un niño —había insistido entonces él, necesitando dilucidar qué era real y qué inventado de las batallitas que le narraba la mujer—. ¿Qué niño, abuela Smith?

La mujer lo miró como si fuera tonto.

—¿Pues qué niño va a ser? —chasqueó la lengua con censura—. Ah, los jóvenes de hoy en día. Meten la polla en un agujero pero luego se olvidan de las consecuencias que trae consigo.

—¡Mamá! —la censuró la hija.

La anciana la desestimó con un gesto de la mano.

—Deberías llevarla a la ciudad, que la vean los especialistas de allí —insistió la anciana—, ese bueno para nada de Edgar ya no está en el pueblo y su sustituto no me gusta un pelo. Esa niña está muy flaquita, necesita comer bien, tienes que cuidarla. ¿Sabes lo difícil que es encontrar una mujer que quiera estar al frente de un rancho? Y tú te la has ido a buscar nada más y nada menos que a la ciudad. Ay, esa Abigail es una santa, que te lo digo yo, una santa. ¿Sabes? Ayer vino a verme, me trajo esas

galletas tan ricas que me gustan, ¿me traes una? Esa se piensa que no sé dónde las esconde, pero lo sé muy bien.

El resto de la conversación había sido más o menos igual, con toques de información que malamente pudo contrastar aquí y allá.

Apartó las manos del piano y se las pasó por el pelo.

¿Qué había de verdad y qué de fantasía en las palabras de esa mujer? Estaba claro que Abby lo conocía y, si habían sido pareja tal y como sugería su instinto y la necesidad de su lobo, si habían tenido algo, su forma de reaccionar ante la obvia ignorancia por su parte era razonable. Pero, ¿un bebé? ¿Podía ser eso posible? ¿Acaso era padre?

—Abigail Kensigton.

Al menos ahora tenía un nombre y un apellido, si es que este era real, una pista sobre esa desconocida muchacha que había despertado algo en su interior, alguien que yacía en su pasado y tenía la llave de todo aquello que había olvidado.

Sacudió la cabeza y giró en la banqueta, dándole la espalda al instrumento.

—¿Te has cansado antes de empezar?

Levantó la mirada y se encontró con Noah entrando con una bandeja con dos tazas y una exquisita tetera.

—No tengo cabeza para disfrutar del piano ahora mismo.

Su amigo y consejero asintió y dejó las cosas sobre una mesa auxiliar.

—Me sorprendería si así fuese —aseguró sirviendo el té—. Tienes demasiado en lo que pensar.

Y aquello era sin duda un jodido eufemismo.

Haberle hecho caso y realizado ese viaje le había causado más problemas de los que necesitaba, había puesto su jodido mundo patas arriba cuando tenía cosas importantes de las que ocuparse.

—Estoy en una jodida encrucijada —resopló con verdadera desesperación—. Nada de esto tiene sentido...

—La mayoría de las cosas nunca lo tienen.

Bufó.

—¿Te das cuenta que quizá tengo un hijo?

—Me doy cuenta de que crees en esa posibilidad, sí —aceptó entregándole una de las tazas de té—. Ten cuidado, está caliente.

Cogió la taza y la miró.

—Ella... Abigail... me miró como si creyese estar viendo un milagro.

—Bueno, Dan, dado el estado en el que te vi la primera vez, sin duda, el que estés hoy aquí y hablando conmigo, es un milagro —aseguró sin más—. Sobreviviste a una explosión de gas en la que murieron varias personas.

—Pero a qué precio —resopló y señaló la ventana con la mano libre—. He olvidado cuatro años de mi vida, un periodo de tiempo del que no recuerdo absolutamente nada ni a nadie. Y ahora, esa mujer se presenta ante mí y destapa una

vida de la que ni siquiera soy consciente. Y sabe que soy, mi lobo la ha reconocido algo que yo no puedo hacer.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué clase de hombre he resultado ser? —negó con la cabeza—. ¿He llevado una doble vida sin saberlo?

Su amigo negó con la cabeza.

—Te has limitado a continuar con tu vida de la mejor manera posible —le recordó—. No te has escondido, no has adoptado una nueva identidad, siempre has estado ahí para quién ha querido buscarte.

—Ella creyó que estaba muerto —declaró al tiempo que se levantaba de golpe y se ponía a deambular por la habitación—. Me lo dijo, lo vi en sus ojos...

Noah asintió.

—Un error comprensible dado todo el lío que se formó con el accidente —aceptó—. Hubo muchas rectificaciones y confusión durante las primeras semanas e incluso en meses posteriores.

Se giró hacia él.

—¿Y si estaba realmente embarazada? Noah, ¿y si tengo un hijo?

La serenidad del hombre era lo único que lo mantenía dentro de cierta cordura.

—Si ese es el caso, deberías buscarle —declaró sin más—, buscarlos a ambos y aclarar cualquier duda que puedas tener.

—Abigail Kensigton —repitió su nombre—. Ese es su nombre o el nombre que he encontrado.

Su amigo asintió.

—Contactaré con Rivers, él solía llevar todos los temas de investigación para Catherine —le informó.

Conocía el nombre del detective, era uno de las personas de mayor confianza de Cathy. Ella le había hablado de él, era quién había estado investigando sobre su pasado, al menos lo había hecho superficialmente, hasta que él decidió que no quería seguir atormentándose con cosas que no recordaba. ¿De qué servía pensar en el pasado cuando tenías el presente al alcance de la mano y te proporcionaba cierta felicidad?

Nunca pensó que ese lapsus de tiempo podía haber supuesto una vida completamente distinta, una que lo dejase en la posición en la que se encontraba ahora mismo.

—Hazlo —pidió—. Necesito saber quién es Abigail Kensigton y, sobre todo, dónde puedo encontrarla.

Necesitaba verla, quería verla una vez más y escuchar de sus propios labios qué había ocurrido durante esos cuatro años.

CAPÍTULO 10

—¿Vas a seguir sin levantarte de la cama?

No se molestó en contestar, volvió a cubrirse la cabeza con la sábana y se hizo un ovillo. No quería salir, no quería tener que volver a ver la luz del día y, al mismo tiempo, sabía que era absurdo no hacerlo, nada solucionaría quedándose dónde estaba.

Sintió el colchón hundiéndose bajo su peso cuando se sentó, Amanda era una de las pocas personas que no aceptaba el silencio como respuesta.

—Creo que deberías buscarle, hablar con él —insistió. Su voz llegaba ahogada por las sábanas que la cubrían—. Te mereces una explicación, saber qué es lo que ha pasado, el motivo por el que no te recuerda.

Por más vueltas que le había dado había sido imposible de encontrar una sola explicación; ambos habían perdido más de lo que esperaban en aquella explosión en la estación del tren. De un modo u otro, ambos habían perdido algo irremplazable pero solo ahora se daba cuenta que ella quizá había perdido mucho más que él.

Al menos, antes, cuando pensaba que le había perdido, vivía con el consuelo de saber que tenía sus recuerdos, que estuviese dónde estuviese la recordaría y podrían volver a reunirse en algún momento de sus vidas. Pero ahora...

«¿Quién eres?».

Esa sencilla frase la había matado por dentro. La ausencia de reconocimiento en su mirada, la había herido como un hierro candente atravesándole el corazón y la hizo sentirse más sola que nunca, sola y abandonada.

—No puedes pasarte toda la vida viviendo debajo de una piedra, escondiendo la cabeza y llorando por lo que fue —insistió Amanda—, no cuando él está vivo y coleando. Te lo debes a ti misma, Abby, te debes el poder descansar y, si eso es lo que te tiene reservado el destino, seguir adelante.

Se lamió los labios y apretó los ojos con fuerza. Sabía que tenía razón, pero era tan difícil aceptarlo sabiendo que él estaba vivo, pensar en que no lo vería más.

—No me recuerda, Mandy —musitó con voz rota—. Cuando me miró, parecía estar viendo a través de mí.

Las sábanas salieron disparadas de un tirón y se encontró con la mirada de su amiga.

—Pues entonces haz que te recuerde —declaró con firmeza—. Si no haces nada, te arrepentirás después. Siempre estarás pensando en qué podría haber pasado si hubieses hecho algo y no simplemente cruzarte de brazos. Créeme, Abby, lo sé muy bien.

Y sí, ella lo sabía porque esa falta de decisión fue la que la condujo a esa cama de hospital con su vida pendiendo de un hilo.

—Búscales —insistió—. Enfrentate al destino. Quién sabe si no hay algo bueno esperándote después de que lo hagas. Pero no te quedes de brazos cruzados.

Se lamió los labios y la miró.

—Él no me recuerda...

Ella bufó y se inclinó sobre la cama.

—Pues haz que te recuerde —declaró con energía—, dile quién eres, quién fuiste, quienes fuisteis juntos y qué es lo que perdisteis. Cariño, no fue solo tu pérdida, esa también fue la suya.

Se cubrió el estómago con gesto triste y protector, los ojos empezaron a picarle por la proximidad de las lágrimas. Se obligó a respirar profundamente y agitar las pestañas a fin de impedir su caída.

—No sé si voy a poder soportarlo otra vez, Amanda —musitó—, no sé si soportaré perderlo de nuevo.

Porque aquello era lo que iba a pasar, pensó con tristeza, cuando la mirase de nuevo y no viese nada más que una desconocida en ella, le perdería de nuevo.

CAPÍTULO 11

Forcejeos y ahogados jadeos se hacían eco en la habitación en penumbra. La luz que vertían las lámparas de pared diseminadas por la habitación bañaban las frías y oscuras paredes de antiguo tapizado y la enorme cama cuyo cabezal de hierro forjado dominaba gran parte de la estancia. La tenue iluminación caía también sobre la desdibujada figura de Dan, quién se retorció sobre el colchón.

Las sábanas de brillante negro satén se enroscaban cual hambrienta serpiente alrededor de sus piernas y delgada cadera. La agitación había hecho presa de su cuerpo, el sudor le perlaba el pecho, así como los abdominales mientras un ligero rastro de vello oscuro espolvoreaba todo el recorrido bajando desde su ombligo discurrendo bajo la línea de la sábana. Sus ojos seguían cerrados a pesar del imperceptible movimiento que se apreciaba bajo sus párpados.

Susurros ininteligibles, gimoteos y toda clase de murmullos escapaban de sus labios, su cabeza daba bandazos sobre la almohada, las sábanas se enredaban todavía más en su cuerpo con el inconsciente y fuerte movimiento de sus piernas al deshacer la cama y los puñados de tela que aferraban sus manos mientras era presa de aquella pesadilla.

Con un fuerte jadeo, abrió los ojos y se incorporó. El aire entraba en sus pulmones con fuertes inspiraciones, su mirada fija al frente mientras viendo sin ver realmente nada. Le llevó varios segundos y más inspiraciones el normalizar el agitado ritmo de su respiración, entonces soltó una maldición, se deshizo a base de puntapiés y tirones de la serpiente en la que se había convertido la sábana y, haciendo a un lado la tela con furia, bajó de la cama.

—Maldita sea, ¿qué coño me está pasando?

La sensación de la alfombra bajo sus pies contribuyó a calmarlo ligeramente. Hacía días que tenía pesadillas, sueños aleatorios en los que siempre aparecía ella, Abigail, y dónde era incapaz de alcanzarla por más que lo intentase.

Desde hacía una jodida semana vivía obsesionado con ella, con encontrarla y descubrir qué sabía ella de su pasado, qué era lo que los había unido y todavía los unía a juzgar por todas esas pesadillas. Incluso su lobo estaba más febril de lo normal, prueba de ello era que había cambiado sin poder dominarse y destrozó todo el mobiliario de la habitación a mordiscos.

Cruzó el dormitorio hasta detenerse frente a la ventana, la luz de la lámpara se derramó sobre su desnudez haciendo que su piel brillase allí donde el sudor la perlaba y crease extrañas sombras sobre su cuerpo. Golpeó con la palma abierta de la mano el marco de la ventana, su mirada se posó en los cristales a través de los que ya se veía el amanecer. Respiró profundamente y acarició el frío vidrio como si de esa manera pudiese arrancarse por completo de los rescoldos que todavía lo asediaban. Su

interior era un volcán en ebullición, no podía quitarse esa sensación de aterrador pánico que lo había arrancado del sueño y que todavía le atenazaba la garganta, una sensación de impotencia y dolor que lo recorría de pies a cabeza y para la que era incapaz de encontrar explicación alguna.

Cerró los ojos y respiró profundamente, si no daba pronto con esa mujer iba a volverse completamente loco y su lobo también.

—Maldición —masculló para sí y volvió a darle la espalda a la ventana.

Los últimos días habían sido como atravesar un maldito infierno, lidiar con toda aquella panda de inútiles le estaba poniendo de los nervios, por no mencionar que era incapaz de centrarse realmente en lo que tenía que hacer. Estaba de tan mal humor que pronto tuvo a todo el personal de la empresa andando de puntillas a su alrededor, su propia secretaria había pedido la baja por estrés y Noah no se había cortado un pelo en decirle lo que opinaba sobre la manera en la que decidía redecorar los dormitorios.

La fiesta anual de beneficencia sería esa misma noche y tenía que espabilarse si no quería perder aquello que tanto le había costado levantar a Catherine.

Se sacudió los últimos rescoldos de la pesadilla y se dirigió con paso enérgico hacia la puerta situada al otro lado de la estancia; el baño, para darse una ducha rápida y bajar a la primera planta.

—¿Otra vez pesadillas?

La voz de Noah lo recibió nada más entrar en el comedor, ni siquiera lo miró, pasó por su lado y fue directamente al aparador dónde ya estaba listo el café.

—Tomaré eso como un sí.

Se sirvió una taza de café y fue hacia la mesa. El periódico, el desayuno, todo estaba preparado como cada día, como lo había estado desde que vino a vivir con Cathy a esa casa. Nada había cambiado y, al mismo tiempo, todo era distinto. Todo.

—¿Qué he hecho mal?

Noah levantó la mirada fijándose en él.

—¿Además de destrozar el exquisito mobiliario de una habitación con los dientes y mear cada parte del pasillo como un lobo malo?

Se reclinó en el respaldo y gesticuló con la mano.

—Hablo de todo en general —señaló a su alrededor—, de mi vida, de mi pasado, de quién fui y quién soy, ¿qué demonios hice para terminar así?

—Me temo que no tengo una respuesta para eso, Daniel.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—Supongo que no —murmuró tomándose el primer sorbo de café—. Y empiezo a pensar que nadie la tendrá jamás.

Noah decidió ignorarle y siguió con lo suyo.

—¿Y Rivers? ¿No ha llamado todavía? —preguntó por el detective que había contratado para dar con Abby—. ¿Cuánto puede llevarle obtener la información que necesito?

—Te encuentro ligeramente ansioso por saber de esa mujer.

Lo miró por encima de la mesa.

—Tú también lo estarías si ella tuviese la clave de lo ocurrido durante los cuatro años de tu vida que no recuerdas —declaró con intención—, especialmente cuando no tengo la menor idea de si ha sido algo más que una amiga, novia, amante o incluso esposa.

—¿Estás seguro de ello?

Resopló.

—No y lo que imagino, lo que mi lobo sugiere me está matando —aseguró con un resoplido—. Si es mi compañera como él sugiere, he cometido el más horrible de los crímenes, me he olvidado de ella...

—No figuraba ninguna señora Ward antes de que Catherine ocupase ese lugar —comentó de pasada—, de otro modo, lo habrías sabido.

Sí, Cathy jamás le habría ocultado algo así. Ella, más que nadie, incluso más que él mismo, había hecho todo lo posible por ayudarle a recuperar su pasado y a seguir adelante, jamás le habría mentido.

Y a pesar de todo, en su pasado había existido otra mujer, una en la que no podía dejar de pensar y que se había colado incluso en sus pesadillas.

—Llama a ese detective —pidió al tiempo que empezaba a dar cuenta de su desayuno—, quiero sobre mi mesa lo que tenga sobre esa mujer y lo quiero para hoy. No esperaré ni un minuto más.

—Eres un ansioso.

Se limitó a ignorarle.

—Deberías centrarte en tu agenda de hoy —insistió Noah—, te enviaré el esmoquin directamente a la oficina. Y por lo que más quieras, no llegues tarde a tu propia fiesta, eres el que debe dar el discurso de apertura.

Sonrió de medio lado al recordar lo que traía consigo ese discurso.

—No lo haré —aceptó. Estaba dispuesto a llevar a cabo sus planes—. No voy a fallarle a Cathy, Noah. Se lo debo. Le debo mantener viva su memoria y su legado, no me detendré hasta haberlo conseguido.

—Estoy seguro que, allá donde esté, disfrutará del espectáculo que te tienes preparado.

Eso esperaba, después de todo, si seguía al frente de esa maldita empresa era por ella, para perpetuar su legado y no permitir que la codicia de sus antiguos socios destruyese algo por lo que ella había luchado hasta el último día de su vida.

«Espero que disfrutes con lo que he creado para ti, Cathy y que te sientas orgullosa de tu propio legado. Yo lo estoy, pequeña, muy orgulloso».

Tenía que centrarse, debía hacerlo por ella, después de esta noche su legado no correría peligro y él podría pensar en el futuro, en su propio futuro, fuese cual fuese este.

—Cruza los dedos, viejo amigo y preparémonos para lo que está por llegar.

CAPÍTULO 12

Dan dejó el *dossier* sobre la mesa y se dirigió directamente al bar para servirse una copa. Necesitaba algo fuerte, algo que le templase los nervios y le devolviese el color que estaba seguro había perdido.

Él mismo había deseado esto, lo había buscado desde el primer instante en que esa mujer se cruzó en su camino e hizo alusión a su desaparecido pasado, pero desearlo y enfrentarse a lo que se estaba enfrentando eran dos cosas distintas.

El *dossier* que le había entregado el detective no era muy profundo, pero sí lo suficiente exhaustivo y fiel para hacer un retrato de la mujer que había encontrado en el cementerio y la cual había compartido parte de su pasado.

Casualidades de la vida, Abigail había estado en el mismo lugar y a la misma hora que él en esa estación y había sido víctima del accidente que le había arrebatado su pasado. No existían escándalos conocidos, el suyo era un perfil bajo, el de alguien que se dedicaba a su trabajo, a su casa... una mujer que compartía vivienda con una amiga y que intentaba seguir adelante con su vida como lo había hecho él mismo después de su paso por el hospital.

El hospital. El estómago se le encogió, cogió la copa que acababa de servirse y bebió un buen trago. Abby había pasado un buen tiempo entre aquellas cuatro paredes recuperándose de las lesiones sufridas durante la explosión, unas que habían provocado así mismo, según decía el reporte, un aborto. La muchacha había estado embarazada de casi cinco meses.

Se bebió el resto de la bebida de golpe y se sirvió otra con dedos temblorosos. Esperaba descubrir algo que le ayudase a entender las respuestas de esa mujer, que echase un poco de luz sobre la conversación que había tenido con la senil anciana y a poder ser, le mostrase lo equivocada que estaba, que se trataba de una historia inventada por una mente trastornada, pero lo que había encontrado en la investigación del detective arrojaba otra clase de luz, una que unía sus años olvidados a Abigail.

Ahora sabía que ella había nacido y vivido gran parte de su vida en los Estados Unidos. Huérfana de padres a una edad temprana, había ido de un hogar de acogida a otro hasta que cumplió la mayoría de edad. El reporte hablaba de sus años en la universidad, de su especialización y de cómo dejó una vida cosmopolita para mudarse al ámbito rural donde había residido hasta el accidente en la estación de tren.

—Un punto de ruptura y de partida —murmuró para sí. Dejó el vaso sobre la bandeja y volvió a su mesa solo para ver el retrato de su fallecida esposa sonriéndole detrás del cristal—. ¿Qué harías tú en mi lugar, Cathy?

Ella sin duda habría luchado, pensó con una triste sonrisa, no se habría detenido hasta haber alcanzado su meta y él había actuado de la misma manera los últimos cuatro años, respaldado y animado por su compañía, su cariño y amor.

Amor. Dos mujeres en su vida. Una a la que recordaba nítidamente y añoraba, mientras la otra era como una sombra, un anhelo perdido al que lo había unido el destino en un momento dado solo para perderla en las tinieblas del olvido.

A una la había perdido ya para siempre y a la otra era incapaz de recordarla.

«¿Quién eres?».

«No soy nadie».

La triste respuesta de Abby durante su breve tiempo juntos volvió a colarse en su mente y sintió el peso de sus palabras en su alma, así como el lastimero aullido de su lobo en lo más profundo de su alma. Él si la había recordado, había sido consciente de su existencia y la había añorado como solo puede añorarse a otra mitad.

—Pero eres alguien —murmuró para sí, dando respuesta a su propia pregunta—. Fuiste alguien para mí, Abigail Kensigton y mi lobo me dice que fuiste alguien muy importante, alguien a quien nunca debería haber olvidado.

Nunca debió haberla olvidado, tenía que haber escuchado a su lobo, tenía que haber sabido que ella estaba allí fuera, haber recordado que llevaba un hijo suyo en su vientre.

Miró una vez más la foto de su difunta esposa, se lamió los labios y respiró profundamente.

—Tengo que encontrarla, tengo... que saber —murmuró sin apartar los ojos del marco sobre su escritorio—, si ella es mi pasado, tengo que saberlo.

La luz de la ventana incidió en ese momento en el cristal haciéndolo destellar, creando la ilusión de una sonrisa en los labios de su esposa quién parecía darle el beneplácito.

Le devolvió la sonrisa, sacudió la cabeza y recogió la chaqueta del esmoquin del respaldo de la silla.

—Te prometo que volveré a tiempo para poner a esa manada de fieras de vuelta en sus respectivas celdas —aseguró con cierto tono jocoso, uno que sabía ella aprobaría—. Esta noche acabará todo, Cathy, tu sueño se hará realidad y quizá, con un poco de suerte, también el mío.

Un sueño que llevaba persiguiendo sin descanso, uno que traería consigo esos años olvidados.

CAPÍTULO 13

—¿Seguro que no quieres que te acompañe al aeropuerto?

—¿Y que ambas terminemos llorando como Magdalenas? —chasqueó Amanda. Resopló y sonrió echándole las manos al cuello para abrazarla.

—No olvides llamar en cuanto llegues —pidió sintiendo ya su partida—. Y no te preocupes por nada, todo irá bien.

Abby asintió y correspondió a su abrazo. Al otro lado de la puerta esperaba el taxi que llevaría a su amiga al aeropuerto.

—Te avisaré tan pronto llegue —prometió con voz alegre—, prometido.

Satisfecha con su promesa la dejó ir, esperó a que entrase en el taxi y la despidió con la mano. Le costaba ver a quién había sido una parte importante de su vida, especialmente en los últimos años, marcharse, pero esta vez era para bien.

—Que tengas suerte, Mandy.

Sonrió, le dio la espalda y volvió a la ahora solitaria casa. Tenía mucho que pensar, decisiones que tomar y aquella noche prometía ser perfecta para pasarla con un bol de helado y una película.

Con ello en mente entró en casa, cerró la puerta y suspiró, era hora de que ella también empezase a pensar en sí misma y pusiese rumbo hacia una nueva vida.

Apenas había dado un par de pasos cuando sonó de nuevo el timbre.

—¿No me digas que se te ha olvidado algo? —comentó con una risita pensando que era su amiga—. ¿Qué has...?

Las palabras volaron de su boca en el momento en que abrió la puerta y se encontró con la última persona que esperaba ver del otro lado.

—Hola, Abigail —la saludó Dan—. Tenemos que hablar.

Para su sorpresa, él pasó por su lado, entrando en su casa y dejándola totalmente anonadada al verle vestido de esmoquin.

Su nerviosismo era obvio, no dejaba de pasear de un lado para otro, mirándolo todo, husmeando como solía hacerlo cuando entraba en un lugar nuevo para luego volverse hacia ella. Tenerle allí era como un sueño, uno que había tenido durante mucho tiempo. Había fantaseado tantas veces con que entraría por la puerta y la abrazaría, que podría presentárselo a Amanda y decirle que él era el amor de su vida, pero en sus fantasías él era el Daniel de antaño, no este *playboy* multimillonario que vacilaba entre la seguridad y el nerviosismo.

Este no era su compañero, el hombre a quién recordaba. Esta versión de sí mismo no tenía nada que ver con el hombre dulce y paciente que disfrutaba de su tiempo en el rancho, este era alguien totalmente distinto, alguien a quién, se daba cuenta, ya no conocía.

—Lamento presentarme así, pero... tenía que verte.

La forma en que se movía, la rudeza en su voz hizo que se encogiese por dentro.

—¿Cómo has dado con mi dirección? —preguntó y miró a su alrededor, como si no pudiese todavía creer que estuviese allí—. ¿Cómo has dado conmigo?

Negó con la cabeza y dio un paso adelante, hacia ella.

—Eso no importa...

Abrió la boca para responder, pero él la calló con su siguiente pregunta.

—¿Es verdad que íbamos a tener un hijo?

La intensidad en su voz, el dolor subyacente y el deseo en sus ojos se clavó en ella con tal fuerza que la hizo trastabillar.

—¿Lo... lo has recordado?

Negó con la cabeza sorprendiéndola incluso más, lacerando su ya sangrante corazón.

—Dime tan solo si es verdad —exigió con una frialdad que la sacudió por completo.

Se lamió los labios, dio un nuevo paso atrás y lo miró sin verlo realmente. ¿Quién era este hombre? Podía parecerse a Dan, hablar como él, pero su mirada, su frialdad, no eran del hombre que recordaba.

—Es verdad —declaró con voz rota—. Íbamos a tener un bebé... pero, no... al final no...

El dolor de aquella pérdida seguía persiguiéndola incluso tiempo después, arrebatándole el aliento y las fuerzas. Sintió que le flaqueaban las piernas y habría caído al suelo si él no hubiese reaccionado rápidamente.

—Abigail...

—Le perdí el mismo día que te perdí a ti —murmuró dejando que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

—La explosión de la estación de tren... —murmuró él con voz suave—, estuviste allí.

Se lamió los labios y asintió.

—Se suponía que vendrías a recogerme —lo acusó—, pero... nunca llegaste —sacudió la cabeza—. ¿Cómo es posible que no te acuerdes de mí? ¿Qué no recuerdes lo nuestro?

Él la miró sin vacilar, buscando en sus ojos.

—No recuerdo nada de los cuatro años anteriores al accidente de tren —repuso con la misma ansiedad que había en su propia voz—, la explosión, los destrozos... sufrí un traumatismo craneal, casi no la cuento.

Lo miró intentando comprender, intentando que el significado de esas palabras penetrase en su mente.

—Háblame, Abigail —insistió sin dejar de mirarla, pronunciando su nombre como una súplica—, dime quién eres. Dime, quién soy yo.

¿Quién eres?

EPÍLOGO

Tres meses después...

Abby resopló mientras lidiaba con las bolsas de la compra de camino al coche. Tenía que haber cogido el carro y trasladarlas de esa manera, pero si bien era perfectamente ducha con el volante, el conducir un maldito carro de la compra le era imposible.

Resopló cuando una de ellas se desequilibró amenazando con despatarrar el contenido por el suelo, culebreó intentando evitar el desastre y suspiró cuando la bolsa se mantuvo en sus brazos. No quería terminar haciendo huevos revueltos antes de llegar a casa y, mucho menos, en el aparcamiento del supermercado.

—El diablo inventó la lista de la compra para torturar a las mujeres —rezongó mientras caminaba en línea recta hacia el coche—. No hay otra explicación.

Suspiró de alivio al ver el color azul oscuro de su vehículo, ahora solo tenía que intentar encontrar las llaves en el bolsillo de la chaqueta y desbloquear las puertas.

—Llaves, llaves, llaves —canturreó mientras se acercaba al vehículo dispuesta a dejar la compra sobre el capó para poder buscar—. Las llaves...

—¿En qué bolsillo las tienes?

La inesperada voz unida a las manos que se cernieron a su cintura la sobresaltaron e hicieron que las bolsas terminaran en el suelo.

—¡Mierda!

—Esa boca, Abigail.

Se giró y fulminó al atractivo hombre trajeado que la miraba con una divertida y *sexy* sonrisa.

—Mira lo que has hecho, lobo —protestó señalando el obvio desastre.

Miró las bolsas desparramadas por el suelo. La que contenía los huevos estaba derramándose y tiñéndolo todo de un tono naranja.

—Te invito a comer fuera para compensar el desastre, *estrellita*.

Escucharle llamarla de esa manera la estremecía de placer por dentro. Dan seguía sin acordarse del tiempo que habían compartido, de la vida que habían decidido emprender en el pasado, pero eso no había impedido que decidiese intentarlo de nuevo.

Era consciente de que ya no era el mismo hombre, en muchos aspectos era muy distinto, más sofisticado, quizá un poco osco, pero debajo de ese aspecto de hombre de negocios todavía existía alguien cariñoso, paciente y dispuesto a recuperar, de algún modo, lo que una vez habían tenido.

Ella estaba decidida a hacer que la quisiera de nuevo, a enamorarle y conquistarle como él lo había hecho la primera vez, estaba dispuesta a concederle el tiempo que

fuese necesario, a que se conociesen de nuevo e intentasen emprender una nueva vida juntos.

Se llevó las manos a las caderas y chasqueó la lengua.

—Todo lo arreglas muy fácilmente.

Enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—No, todo, Abigail, pero tengo plena confianza en que, con el tiempo, así será.

Negó con la cabeza y sumergió la mano en el bolsillo para sacar las llaves del coche.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó sabiendo que no habían quedado de verse hasta esa tarde—. Habíamos quedado a las tres, ¿no?

Él tenía trabajo del qué ocuparse. Después de haber asegurado el futuro del proyecto que había iniciado su esposa Catherine, se había dedicado a ver que las cosas funcionaban y que podría tomarse un tiempo sabático.

Curiosamente, no se sentía celosa por lo que Daniel hubiese tenido con esa mujer, por el contrario, después de oírle hablar de ella, de escuchar cómo había cuidado de él, cómo lo había animado cuando su mundo parecía hacerse pedazos, supo que le habría gustado. Después de todo, le debía a esa mujer el tener hoy a ese hombre de nuevo en su vida.

—Sí, a las tres —aceptó al tiempo que la ayudaba a recoger las bolsas y el contenido que se había salvado—. Pero decidí tomarme el día libre después de asegurarme que nadie se iba a tirar desde la ventana si me ausentaba. Estoy oficialmente de vacaciones.

Sonrió ante su tono, no pudo evitarlo. Parecía un niño entusiasmado ante la perspectiva de librarse de las clases durante unas semanas.

—Me alegro.

—Dame eso y abre el maletero —le dijo quitándole las cosas que había recogido de las manos e indicándole el coche con un gesto de la barbilla—, y siéntate en el asiento del pasajero, conduciré yo.

Esa nueva faceta suya la encendía y cabreaba a partes iguales, se le daba de lujo dar órdenes y esperaba que todo el mundo las cumpliera, incluida ella, algo que había provocado ya algún que otro roce y pelea entre ellos.

—¿Recuerdas lo que hablamos sobre dar órdenes a alguien que no es tu empleado?

Esperó a que abriese el maletero antes de dejar las bolsas dentro y volverse a ella.

—Me prometiste ser paciente —le recordó con un suave y ronco tono que la derretía siempre que lo escuchaba—, ¿crees que podrías extender esa paciencia a los próximos treinta días?

Parpadeó mirándole sorprendida.

—¿Treinta días?

Asintió, le acarició la mejilla y le levantó la barbilla con los dedos.

—¿Querrías volver a casa conmigo, *estrellita*? —le preguntó sin dejar de mirarla

—. ¿Estás dispuesta a arriesgarte con este solitario lobo a pesar de mis obvias carencias?

Se lamió los labios.

—Solo si me prometes algo...

Ladeó la cabeza y la miró.

—¿Qué?

Respiró profundamente y se acercó a él, dejando que su cuerpo se apoyase contra el suyo, metiéndose entre sus brazos y disfrutando de estar allí.

—Que esta vez, me recordarás.

Se inclinó sobre ella, acariciándole los labios con el aliento.

—Tú harás que nunca te olvide, pequeña —le aseguró—, sin importar lo lejos que nos encontremos, los recuerdos que pueda perder, tú siempre vivirás en mí.

Sus labios encontraron los suyos en un beso que estaba lleno de promesas, de ternura y del amor que nunca se desvanecía por completo.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro fue originalmente publicado con el título de RECUÉRDAME, pero su esencia siempre ha pertenecido a la de mi manada de lobos. Por ello, he decidido incluirla en la serie AMERICAN WOLF como una novela corta e independiente que no afecta a la trama principal de la serie.

Esta es una obra con una base mucho más contemporánea y sentimental, pero la esencia de los lobos está presente en cada una de sus páginas.

Gracias y espero hayáis disfrutado de la lectura.